Globethics Repository



La pobreza latinoamericana revisitada [Latin American poverty revisited]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Feijóo, María del Carmen
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-10-30 10:42:20
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220717

NUEVA SOCIEDAD NRO.108 JULIO- AGOSTO 1990, PP. 28-36

La pobreza latinoamericana revisitada

Feijóo, María del Carmen

María Del Carmen Feijóo: Socióloga argentina. Coordinadora del Grupo de Trabajo «Condición Femenina» del CLACSO; investigadora del Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), Argentina.

La pobreza es hoy un fenómeno que está en América Latina aparentemente para quedarse. No es, pues, una presencia novedosa aunque sí lo es en su extensión y magnitud actual. Desde los 60, una generación de cientistas sociales y activistas políticos estamos conviviendo con la pobreza, rodeándola, romantizándola, repudiándola y preguntándonos sobre su génesis, las condiciones de reproducción social y la potencialidad de los pobres como grupo para producir una salida capaz de suprimirla como problema social al erradicar las estructuras que aparentemente la generan. Sin embargo, desde los 60 a la fecha, hemos ido verificando muchos de nuestros errores, tanto en el plano político y teórico como metodológico. En el contexto de estas revisiones, el libro de César Rodríguez Rabanal, Cicatrices de la pobreza, resulta un texto ejemplar por lo que su lectura nos invita a repensar. Resultando de una experiencia de atención psicoanalítica con objetivos terapéuticos, deriva de la misma un provocativo ensayo que toca muchos de los temas que fueron para nosotros tabú.

Reconstruyamos brevemente el mapa político de los 60: la revolución cubana triunfante en la sierra, el proceso de descolonización afro-asiático, el crecimiento desarrollista de América Latina, la revolución cultural china, «crear uno, dos, muchos Vietnam». La pobreza, en este marco, era un anacronismo que clamaba al cielo. Para nosotros, era consecuencia directa de las estructuras de explotación dependientes y, para muchos coloniales, de un modelo de desarrollo que dibujaba países duales, con metrópolis capitalistas modernas y opuentas y un hinterland empobrecido que acechaba a estas ciudades. No había otra salida que no implicara necesariamente la desaparición del contrario. La resolución de la problemática de la pobreza será consecuencia de este movimiento dialéctico al desaparecer o destruirse

los condicionantes externos - locales o internacionales - que la generaban. Los pobres, por su parte, si bien víctimas directas de este estado de privación eran, en el pensamiento nacional-popular latinoamericano, el sujeto histórico por excelencia, cuya tarea consistía en romper esas ataduras. Este diagnóstico sobre las causas se complementaba con una visión romántica de la realidad de la pobreza y la asignación de un destino mesiánico para los pobres que se apresaría en su irrupción en la política.

Pobreza revolucionaria, violencia redentora

Esta formulación tenía prestigiosos expositores. Aunque argelino, Fanon teorizaba esa potencialidad de ruptura revolucionaria de los oprimidos, esa conciencia que casi necesariamente surgía de sus condiciones de privación, hacia un camino que no podía ser otro que la violencia. Violencia que transformando, los transformaba. Forzando un poco sus textos, extrapolamos las condiciones del campesinado colonial a los pobres latinoamericanos y la fórmula de la acción política de uno fue la fórmula de la acción política del otro. Este Fanon se adaptaba bien a nuestro diagnóstico y a nuestras urgencias:

«El campesino - decía - el desclasado, el hambriento, es el explotado que descubre más pronto que sólo vale la violencia. Para él no hay transacciones, no hay posibilidad de arreglos. La colonización o la descolonización son simplemente una relación de fuerzas. El explotado percibe que su liberación exige todos los medios y, en primer lugar, la fuerza».

Visto en perspectiva, no parece tan grave lo que con Fanon y sus epígonos locales pensamos mal, sino lo que no pensamos o no nos animamos a plantear. Con frecuencia, la lectura macrosocial de la pobreza nos hacía sentir incómodos frente a los comportamientos concretos de los pobres: el clientelismo, el seguidismo del caudillo, la subordinación. Aún más, además de estos rasgos, para nuestra sorpresa, a veces descubríamos que estas poblaciones estaban más orientadas por la esperanza de incorporarse a un proceso de movilidad social ascendente, viable y evidente, que al aventurado proceso de irrupción revolucionaria que le proponíamos y cuyos logros divisaban como más distantes. Frente a las dudas ante los comportamientos concretos, nos salvaba la ideología. Eran conductas de un lumpenproletariado, que necesitaba esclarecimiento sobre sus «verdaderos» intereses que su situación de pobreza extrema les impedía percibir. Análisis simplista y tranquilizador, pues a la vez que «explicaba» su falsa conciencia, nos asignaba un lugar en la tarea de recorrer d camino a la salvación. Frente a esta falsa conciencia, no era sino

la vanguardia la que los ayudaría en su tarea de recuperar la conciencia alienada por la pobreza. La Revolución con mayúscula, acto de expiación colectiva, destruiría para siempre las causas verdaderas y, a partir de la desaparición de las causas - la transformación de las condiciones objetivas -, serían una certeza los cambios en conductas, comportamientos y conciencia.

Pese a la certeza versicular de este análisis - que no era un análisis en d sentido científico del término sino la proyección de una cosmovisión - no dejamos de percibir ciertas contradicciones. Aunque creíamos en el valor redentor de la pobreza, la familiaridad con ese mundo nos obligaba a plantearnos dudas que rápidamente desechábamos por claudicantes y psicologistas. En realidad, intuíamos oscuramente que la pobreza no resultaba solamente de una determinación macrosocial, sino que existía algún tipo de dialéctica con las aptitudes y actitudes individuales que también cumplían un papel en este complejo proceso. Algunos estudios de investigadores sociales apuntaban en esta dirección, como los de Oscar Lewis, insospechado antropólogo que comenzábamos a conocer. Había un «círculo vicioso de la pobreza» que iba mucho más allá de esa pobre mecánica de causa-efecto, había una lectura microsocial de la pobreza que nos decía cosas que el análisis agregado no sólo no explicaba sino que ni siquiera dejaba plantear. Y, además, se descubría la persistencia de la pobreza como fenómeno social en el marco de una sociedad industrial y desarrollada como Estados Unidos. Se comenzaba a reconocer la existencia de una «cultura de la pobreza» como fenómeno no marginal que implica a números importantes de la población.

No es necesario señalar cuánto y cómo nos equivocamos. Tampoco es necesario renegar de estas ideas, mucho menos, ocultando el contexto en que su lectura debe aún hoy colocarse. Aunque erradas, estas ideas expresaban un intento colectivo de superar un orden de cosas injusto.

La visión desarrollista

No sólo activistas y cientistas sociales estabamos preocupados por la pobreza. Los mismos gobiernos de la región, encabezados por Estados Unidos, también miraban con desconfianza este mapa social, temerosos de la fuerza disruptora de los pobres. Desde los primeros años de la década del 60, se decide una estrategia continental de desarrollo - la Alianza para el Progreso - en cuyo marco se plantean confrontadas discusiones sobre la forma de atacar la pobreza en América Latina. En el marco de un crecimiento económico de rápido signo la preocupación se dirigía a resolver la situación de los grupos de población que sufrirían desfasajes temporales en su

ritmo de incorporación a los resultados del crecimiento económico así como un estancamiento en condiciones de vida deficitarias. Se reconocía la necesidad de políticas dirigidas especialmente a solucionar estos problemas, las que a la vez, deberían mejorar las condiciones de vida y ayudar a desarrollar aptitudes y actitudes adecuadas para su incorporación al proceso de desarrollo y modernización.

La pobreza era aquí una rémora del componente rural, preindustrial, feudal, no desarrollado, atrasado, de América Latina. Una línea de trabajo social tecnocrático acompañaba estas propuestas y se expresaba en la metodología del «desarrollo de la comunidad». Esta tenía como objetivo enseñarle a los pobres cuáles eran los comportamientos adecuados para entrar por la puerta grande a ese mundo que otros habían creado para ellos. El problema de la velocidad y la capacidad de adaptación al proceso de cambio social era uno de los temas más importantes. A diferencia de la otra manera de pensar la pobreza, esta pivoteaba sostenidamente sobre la cuestión de la mayor o menor adecuación de los comportamientos de las personas en el proceso de desarrollo. Mientras unos privilegiamos el abordaje macrosocial, aquí la cuestión era lo micro. Obviamente, si en un contexto social de abundancia la pobreza era resultado de características individuales de los actores sociales, los esfuerzos habrían de concentrarse en este proceso de «modernización para el cambio» de los protagonistas. Los aspectos de las conductas que debían cambiarse iban desde lo más privado a lo más público: desde la alfabetización al control de la natalidad; desde el uso de los medios de comunicación de masas para construir nuevas conciencias a la imposición del «compropolitan» como estrategia de mercado para la penetración en el universo femenino de la región.

Los rincones más alejados de América Latina comenzaron a tener redes de agua de la Alianza para el Progreso mientras que la lata de aceite o de leche donadas, con el águila y la bandera de las estrellas y las manos de la cooperación entrelazadas, pretendían simbolizar la dimensión continental de esta propuesta. Junto con las donaciones de alimentos y las pequeñas obras de infraestructura - electrificación, saneamiento rural y otras - comienza también un rápido proceso de respuestas y resistencia popular, que silente y obstinado, muestra el repudio a fórmulas que implican el trastocamiento de valores ancestrales en la búsqueda de un progreso no sólo dudoso sino pocas veces elegido de manera autónoma.

Parte de esta propuesta se había afincado firmemente en el pensamiento crítico de la región. Aún aquellos intelectuales de los bordes del sistema postulaban la idea de un proceso de transición de la sociedad tradicional a la sociedad de masas, con un consecuente proceso de secularización, expresado en una serie de ámbitos insti-

tucionales interrelacionados en el marco de la teoría estructural-funcionalista que se difundía en la enseñanza universitaria de las ciencias sociales en América Latina. El tema de las relaciones entre las clases sociales, la capacidad para el cambio, el desarrollo de aptitudes de liderazgo y la superación de los obstáculos institucionales para el cambio, dominaban el análisis. La preocupación por identificar las burguesías empresariales y modernas capaces de impulsar los procesos de crecimiento y desarrollo eran uno de los aspectos. Otro, la larga discusión sobre el modo de producción latinoamericano de cuya dilucidación surgiría el tratamiento adecuado de la realidad.

En este marco de pensamiento, el problema de la pobreza fue centralmente un problema ecológico: el de la proliferación de las villas miseria - «asentamientos ilegales» en su formulación más reaccionaria - y el desarrollo del concepto de marginalidad como el concepto teórico más abarcador para explicar la supervivencia de la pobreza. Ejércitos de trabajadores sociales, profesionales o voluntarios, ligados a organizaciones societales de distinto tipo o ligados a la Iglesia, se lanzaron a estos territorios para colaborar en los necesarios procesos de cambio actitudinal y aprendizajes que la situación requería. Del contacto con los supuestos marginales, surgió un cóctel explosivo que implicó la transformación actitudinal de los jóvenes bien intencionados, generalmente de clase media, que resultaron los transformados por las poblaciones con la que estaban en contacto. De las filas de estos grupos sociales surgieron importantes sectores que en paradójico trasvasamiento terminaron integrando filas insurrecionales bien desde perspectivas marxistas o ligados a la teología de la liberación.

Lo curioso es que en el marco de esta guerra ideológica, los pobres lograron engarzar en un camino de progreso que, aunque no los llevó al paraíso, les permitió disfrutar del impresionante progreso del desarrollo económico y social que se estaba llevando a cabo en la región. Los pobres de la década del 60 han recorrido desde entonces un sugerente camino la movilidad social ascendente, centrado básicamente en el acceso a bienes sociales que se expresa, por poner un ejemplo, en la formidable expansión de la matrícula de la enseñanza media en todo el continente.

La situación actual

Finalmente, es la realidad la que con su dureza dirime este debate entre revolucionarios y desarrollistas. Los procesos políticos que se desarrollan durante la década del 70 están marcados por la imposición de regímenes autoritarios en la mayoría de los países, especialmente los del Cono Sur. Al cambiar las condiciones sociales y

políticas de la región con la instauración de gobiernos que siguen las doctrinas de la seguridad nacional, se apoyan en el terrorismo de Estado y terminan implementando el «fascismo de mercado», las condiciones cotidianas de reproducción del conjunto de la población sufren fuertes impactos tanto en el plano económico como en el político y en la orientación de la investigación académica misma. No nos referiremos aquí, por muy conocido, al impacto que tienen sobre la vigencia de los derechos humanos, pues el mismo constituye uno de los baldones de la historia contemporánea de América Latina. Obviamente estas condiciones hacen muy difícil la organización de los pobres, no sólo en la perspectiva transformadora sino en la perspectiva desarrollista, como lo muestra el caso de tantos trabajadores o activistas sociales muertos o desaparecidos a veces sólo como resultado de alfabetizar en una villa.

Aunque aquí no deseamos establecer nexos de causalidad entre uno y otro fenómeno, es interesante notar que, en el campo de la investigación académica, luego de estos dramáticos cambios, los temas revulsivos de la pobreza y la desigualdad social son analizados mediante un abordaje diferencial sobre las condiciones de vida que pone su foco en la cuestión de las llamadas «estrategias de sobrevivencia» de los sectores subordinados. Probablemente dos factores han incidido en el desarrollo del mismo: por un lado la verificación de las permanentes aunque cambiantes restricciones para la satisfacción de las necesidades básicas; por otro, la necesidad de reconocer de qué manera estos procesos de empobrecimiento se conectan con los consecuentes y concomitantes procesos de concentración del ingreso y, en sus versiones menos académicas y más orientadas a la acción, la necesidad de dar testimonio de la permanente situación de privación en la que viven las mayorías populares en América Latina. La caracterización común a buena parte de esta producción en relación con la década anterior, es que va completando un proceso de desplazamiento del interés en la pobreza como fenómeno social agregado a las estrategias concretas de diferentes familias, centrando el análisis en unidades domésticas y diluyendo, a pesar de ella, la dimensión estructural del fenómeno. Metodológicamente inductivos, estos estudios de enorme riqueza y utilidad son débiles si se quieren extraer de ellos generalizaciones de alcance mayor.

Tempranamente, esta línea de trabajo de fuerte contenido empírico se comenzó a preguntar por el sentido que la acción tenía para los actores. En tanto las mismas herramientas metodológicas implicaban una construcción del dato junto con los propios grupos o individuos entrevistados, la pregunta del sentido de la acción se imponía de manera más intensa que en otro tipo de estrategias heurísticas. La identificación de los sistemas de valor-actitud, sus escalas de preferencia, su forma de

ver la situación, sus deseos, sus expectativas, la explicación que se daban a sí mismos de los procesos sociales que los incluían eran todas preguntas relevantes para el investigador. Por otro lado, eran preguntas necesarias en tanto se trataba de nuevos fenómenos de pauperización que implicaban a otros grupos sociales incorporados a un doloroso proceso de movilidad social descendente, especialmente en los países de temprana industrialización del Cono Sur. No se trataba ya de discutir, como en los 60, el círculo vicioso de la pobreza. La discusión central era acerca de la percepción que tenían de la situación los nuevos contingentes de pobres. En ese sentido, todas las cuestiones que tenían que ver con dimensiones no materiales de la pobreza desempeñaban un papel importante.

Por otra parte, este fenómeno de creciente pobreza, cuali y cuantitativa resultaba en varios sentidos paradójico en el contexto de América Latina. Paradójico, porque se trataba del resultado social de un proceso económico que había implicado un creciente proceso de desarrollo a lo largo de las tres últimas décadas mientras implicaba, simultáneamente, la concentración de la riqueza en los sectores más altos de la pirámide social y el consiguiente empobrecimiento de las mayorías. Como señala Touraine, «con la notable excepción de Cuba, los pobres reciben a fines de los años 70 una parte menor del ingreso nacional que 20 años antes, en el contexto de economías que crecieron a una tasa promedio de crecimiento anual que superaba a la del resto del mundo». Pese a ello, tal como señalan Raczyinski y Serrano, en este marco permanente de pobreza se han producido transformaciones significativas en la situación de los pobres que, en muchos casos, implican una mejoría sustancial en su calidad de vida aun en el contexto del mantenimiento de la pobreza. Entre las transformaciones positivas, junto con el conjunto de la población poseen más altas expectativas de vida, mayores niveles de escolaridad y disfrutan de cierto mejoramiento en la infraestructura urbana así como de la incorporación, vía los medios de comunicación de masas, a las sociedades nacionales de la región. Desde el punto de vista demográfico también los hogares han disminuido en su tamaño mientras que las familias se han nuclearizado y la población pobre envejece, junto con el conjunto de la población. Por otra parte, y según lo muestran diversos estudios para toda América Latina, los pobres han incrementado su número diferenciándose ahora en un universo de pobres «estructurales» o históricos, menos significativo en términos numéricos de otro de pauperizados o empobrecidos, que constituyen el contingente más importante en términos numéricos. Por dar un ejemplo de su magnitud, en la Argentina, estos datos ascienden, para los partidos que rodean a la Capital Federal - conurbano bonaerense - al 36.7% de los hogares y 44.3% de los habitantes. De ese total de hogares pobres, el 11.5% son pobres estructurales y el 25.2% pauperizados.

Esto es, que en una perspectiva histórica, la verdadera pobreza viene ahora: grupos sociales que caen, nuevos pobres que se yuxtaponen a los contingentes de pobres históricos, configurando un nuevo panorama de pobreza y desorientación, con conmitantes conductas sociales. Lejos de provocar el torbellino contestatario que esperábamos en los 60 sus respuestas se fragmentan en un conjunto de conductas que están más cerca de la anomia, de la desesperación, de los paraísos artificiales que van desde la inhalación de pegamentos a la incorporación a las sectas electrónicas. Por su parte, esta verdadera pobreza no se expresa sólo en sus indicadores cuanti y cualitativos sino que genera un subproducto social más complicado: la exclusión como sistema de reconocimiento social. Tal vez por primera vez en la historia de algunos países de la región, las condiciones sociales vigentes generan de manera sistemática exclusión más que integración, diferenciación más que igualdad y acceso a la justicia. Un nosotros y un ellos, que hace que aun cuando en el corto plazo pudiera superarse la lacra de la pobreza, no es tan seguro que pudieran revertirse con la misma seguridad sus marcas sobre el cuerpo social. Una ideología de exclusión, como diría Rodríguez Rabanal, deja cicatrices. Rompe el principio de la igualdad formal sobre la que se estructuran las sociedades burguesas; rompe el principio de que todos somos iguales y sujetos de justicia.

Los pobres y excluidos, ubicados en nuevos escenarios sociales, cada vez más ligados al lugar de la residencia que al de la producción, cada vez más definidos por su cotidaneidad barrial que por su experiencia productiva aguzan su ingenio para encontrar fórmulas cooperativas de resolución de su problemática básica. Se multiplican así las respuestas populares a la crisis, respuestas que ensayan la concreción de salidas cooperativas y autogestionarias, no como elección ideológica sino como resultado de la fuerza de las cosas. Un fuerte sector comunitario a caballo entre lo público y lo privado, un «privado social» como lo denomina Aníbal Quijano, que retoma viejas tradiciones latinoamericanas de organización y se convierte en efectiva herramienta de defensa comunitaria. Este desarrollo de un sector social, comunitario y popular, extiende el mecanismo de las estrategias de sobrevivencia del marco de la unidad doméstica a un espacio local. Los objetivos a los que se dirige este tipo de acción son obviamente reivindicativos, de defensa frente al deterioro de las condiciones de vida. Pero, tal como lo ha señalado reiteradamente la bibliografía de los movimientos sociales, si el objetivo es reivindicativo, el saldo con frecuencia se encuentra muy lejos de lo meramente instrumental. Tanto como el bien que se produce o el servicio que se genera, pesan las dimensiones simbólicas que se configuran en la acción; en fin, ni más ni menos que la identidad que se constituye en dicho proceso. Identidad imprescindible para seguir viviendo, si pensamos que

se trata de personas atrapadas en el torbellino de una pobreza que implica brutales desplazamientos interclases así como una dura cotidaneidad.

Difícilmente, estos movimientos de base comunitaria, pese al wishful thinking de los observadores, den el salto necesario para convertirse en fenómenos políticos. Refutando el pensamiento de los 60, aunque a la vez dando un paso adelante respecto de la imagen maniquea que teníamos del problema, la pobreza no es fuente de demandas de transformación revolucionaria pero tampoco es el marasmo de la pasividad de los condenados. En lugar de esto, la pobreza de hoy ha generado formas asociativas de 'medio tono' que garantizan las condiciona de reproducción de amplios sectores de la población, proveen de dimensiones psicosociales significativas sin las cuales sería difícil imaginar la cotidaneidad y tejen redes que sustituyen las redes políticas de dos décadas atrás. Este tipo de práctica, complementada en toda la región con la intervención de distintos actores externos al universo popular, produce un nuevo mapa de actores sociales de gran complejidad. Los resultados de sus diferentes intervenciones no siempre pueden adicionarse. En algunos casos, la ayuda externa potencia efectivamente las condiciones para el desarrollo de base; en otros produce sumisión y clientelismo frente a la ayuda; en algunos casos, despolitiza el carácter de las demandas, en otros, se constituye en plataforma de lanzamiento hacia la escena política nacional y local. En este complejo tejido, y en la subjetividad de los protagonistas, Rodríguez Rabanal pone el foco de su trabajo.

Los pobres de las barriadas de Lima

Como hemos dicho al comienzo, el propósito del libro de Rodríguez Rabanal es incorporar una perspectiva psicosocial al estudio de la problemática de los sectores populares de Lima cuya comprensión constituye uno de los desafíos más importantes para la sociedad y «un aspecto inquietante en lo que se refiere a la posibilidad de pensar en su futuro desarrollo». El autor señala que, aun entre los pocos trabajos que tienen en cuenta la experiencia subjetiva, menos son los que incluyen la dimensión de lo inconciente en la comprensión de la realidad estudiada. Para el autor, la comprensión de las condiciones subjetivas de la pobreza constituye una dimensión imprescindible para la comprensión social del problema. Su desempeño profesional en el escenario mismo le demuestra que en el marco de privaciones materiales tan intensas, la urgente necesidad de los pobladores por obtener bienes materiales que necesitan para vivir resulta tan fuerte como la de tener conciencia de la situación en que se encuentran. Responde así, indirectamente, a nuestra vieja preocupación cuando plantea que «las condiciones sociales externas se transforman en estructura psíquica, adquiriendo de esa manera status independiente de la

realidad entendida como instancia ajena al sujeto». Su hipótesis es que es en el espacio transicional entre «mundo interno» y «mundo externo» donde se desarrollan los aspectos más oscuros y complicados de la vida en la pobreza. Retomando también preocupaciones similares a las de las secciones anteriores, plantea que toda ciencia o teoría que debe prestar ayuda para el cambio no puede producir éste exclusivamente a través de factores externos. El proceso terapéutico psicoanalítico sería el que le permitiría al individuo «desentrañar sus potencialidades propias de desarrollo». Por lo tanto, sólo la inclusión en el análisis de las vivencias del sujeto permitirá conocer las capacidades que desarrolla para enfrentar o adaptarse pasivamente al contexto social.

El libro se organiza, entonces, a partir de las interpretaciones del material clínico producido en el contexto de este proyecto de atención psicoanalítica con fines terapéuticos a poblaciones pobres de barriadas. Estas interpretaciones siguen rigurosamente los principios de la metodología psicoanalítica aunque el marco de referencia general del volumen incorpora también otros abordajes. La experiencia implica originales cambios en las formas de tratar la pobreza. Como el mismo lo indica, es probable que muchos la reciban con escepticismo, tanto aquellos que tienen una práctica profesional psicoanalítica sólo con las capas medias y altas de la sociedad como los que dicen que lo que necesitan los pobres es directamente mejorar las condiciones que generan su pobreza. A lo largo de siete capítulos presenta el proceso de elaboración de material recolectado en las sesiones terapéuticas, incluyendo un capítulo general que describe el proceso de creación de la barriada e instalación de los pobladores y los profesionales en la misma así como un último de reflexiones finales. Los restantes discuten las cuestiones de indigencia material y pobreza psíquica; la metodología psicoanalítica como modelo de relación interhumana, la resistencia al cambio, las ideas y fantasías inconcientes respecto de la educación y el procesamiento de la ayuda externa. La lectura de los mismos, ajustándose a lo que es convencional en la literatura clínica, resulta una aventura fascinante especialmente para profesionales provenientes de otros campos del conocimiento. Esto lo convierte también en un tipo de texto en el que más que presentar resultados, se presentan «procesos» cuya estrategia de interpretación y búsqueda del sentido puede arrojar mucha luz, especialmente para todos los investigadores que se encuentran utilizando técnicas cualitativas. Está lejos de ser un libro de recetas o respuestas estereotipadas y es mucho más un libro para desplegar problemáticas.

Especialmente el segundo capítulo sobre indigencia material y pobreza psíquica, resulta uno de los más interesantes desde una perspectiva interdisciplinaria. Hay un sugerente planteo que cambia de contexto la cuestión de las estrategias de so-

brevivencia, recuperándolas con su carácter inicial de respuestas defensivas muchas veces olvidado en los abordajes triunfalistas de la sobrevivencia de los sectores populares. Para el autor la generalización creciente de este tipo de respuestas a los problemas de satisfacción de las necesidades básicas más que una salida colectiva sería justamente, el indicador mas brutal de la falta de salidas. En este contexto, cualquier tipo de satisfacción de las demandas de urgencia, más que solucionar problemas, podría convertirse en la perpetuación de un estado de cosas, nocivo especialmente desde el punto de vista de la subjetividad de los sujetos involucrados. Como lo señala en otra sección, dramáticamente la sobrevivencia impediría la búsqueda de alternativas nuevas.

En el capítulo de resistencias al cambio, hay una experiencia de tratamiento singularmente significativa, con un grupo de señoras de la barriada, reunidas en el contexto de su actividad participativa en el trabajo de OFASA (una de las organizaciones caritativas utilizadas por el gobierno peruano para el reparto de alimentos). Para cualquier profesional que haya trabajado en terreno con grupos populares, hay situaciones fácilmente reconocibles analizadas a la luz de una disciplina profesional diferente e iluminadora. La descripción de la sesión y el tratamiento de los contenidos de la misma es, sin lugar a dudas, ejemplar. En el contexto del material llevado por una participante, vuelven a analizarse ventajas y desventajas de las estrategias de supervivencia. También, muy brevemente, se refiere al problema que enfrentan los profesionales - en este caso los psicoanalistas - cuando en el trabajo barrial recurren al paraguas protector de alguna institución, reforzando contratransferencialmente las resistencias al cambio de la población, como en este caso en que en lugar de establecer reglas de juego más libres se insertan en el contexto de este grupo preexistente. En estos casos, unos y otros se someten a la disciplina institucional que garantizaría la supervivencia a cambio del seguimiento de las normas: los alimentos para la señora, los sujetos para los terapeutas. Estas salidas colectivas, se convierten así en la continuación de lo conocido y no en un camino que permita afrontar los conflictos intrapsíquicos centrales de manera agresiva.

Las observaciones de Rodríguez Rabanal y su equipo van mucho más allá del psiquismo de las personas con las que trabaja y permiten plantear hipótesis o conjeturas que inauguran una provocativa agenda de trabajo. A continuación, transcribiremos algunas de las observaciones que surgen luego de su proceso de trabajo de cuatro años en la barriada y en las que se describen tendencias, con frecuencia, contra el sentido común de muchos de los operadores de la pobreza:

- disminución de los niveles de organización comunal durante el período de cuatro años que duró su intervención

- estancamiento o abandono de los niveles organizativos colectivos cuando desaparece el estímulo externo

- incremento de la pobreza extrema, con dificultades para el desarrollo de personalidades medianamente cohesionadas

- desarrollo del sentimiento de 'ilegitimidad' frente a las acciones que los mismos pobladores protagonizan y consecuente recurrencia a la idea del 'sacrificio'. Esta secuencia dificulta la consecución de fórmulas más racionales de organizacion

- desarrollo de fuertes sentimientos de envidia y rivalidad que impiden la acción colectiva. Estos sentimientos dificultan el logro de los objetivos expresados de manera manifiesta como los objetivos comunitarios

- el efecto paradójico de algunas fórmulas asistenciales, principalmente organizaciones religiosas, que acentúan tendencias pasivo-demandantes de parte de los pobladores.

Como se ve, contra los abordajes simplistas que mencionábamos al comienzo hay aquí el diseño de nudos de problemas como para repensar la pobreza, en la región y a nivel nacional. Problemas que a menos que no se diluciden a tiempo estarán interfiriendo, como lo hacen ahora, en la implementación de todo tipo de política social o acción colectiva por bien intencionadas que éstas sean. Ojalá que estas tareas se hagan cuanto antes para detener el avance de estas cicatrices de la injusticia, sobre grupos de población cada vez mayores. El texto del psicoanalista limeño que dio lugar a estos comentarios es una muestra de que esto es posible aun en situaciones de tanta complejidad como lo es la peruana.

Bibliografía

INDEC: La pobreza en el conurbano bonaerense. Estudios INDEC N° 13, Buenos Aires, 1989.

CEPAL: «La crisis del desarrollo social: retos y posibilidades». En Kliksberg, Bernardo (comp.) ¿Cómo enfrentar la pobreza? Estrategias y experiencias organizacionales innovadoras, CLAD/PNUD/CEL, Buenos Aires, 1989.

de Castro Andrade, Regis: «Política e pobreza no Brasil», Lua Nova, No. 19, Sao Paulo, 1989.

Fanon, Frantz: Los condenados de la tierra. FCE, México, 1963.

Feijóo, María del Carmen: ¿Y ahora qué? La crisis como ruptura de la lógica cotidiana de los sectores populares. Estudios INDEC, Buenos Aires, 1988.

Harington, Michael: La cultura de la pobreza en los Estados Unidos, FCE, México 1963.

Quijano, Aníbal: «Otra noción de lo privado, otra noción de lo público». Revista de la CEPAL, Santiago, N° 35, 1988.

Raczyinski, Dagmar y Serrano Claudia: «Política social, iniciativa local y rol de la mujer», Apuntes CIEPLAN 81, Santiago, 1989.

Rodríguez Rabanal, César: Cicatrices de la pobreza. Un estudio psicoanalítico. Editorial Nueva Sociedad. Caracas, 1989.

Touraine, Alain. Actores sociales y sistemas políticos en América Latina, PREALC/OIT, Santiago, 1987.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 108 Julio-Agosto de 1990, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**